



ORDO FRANCISCANUS SAECULARIS

Consilium Internationale
Via Vittorio Putti, 4/int. 6 - 00152 Roma
Tel. +39 06.45471722 Fax +39 06.45473094
E-mail: ciofs@ciofs.org
www.ciofs.org

Circ. n. 13/14-20
Prot. n. 2851/14-20

Roma, 20 marzo 2016
Domingo de Ramos de la Pasión del Señor

¡Sin duda Cristo ha resucitado!

Queridos hermanos y hermanas

¡Que el Señor os conceda su paz!

Os envío mis más fraternos saludos, con uno de los más antiguos saludos entre los cristianos: ¡nos regocijamos porque Cristo ha resucitado! Nuestro Padre misericordioso, que está en el cielo no permitió que la muerte venciese a la vida. Los primeros cristianos en el siglo I ya utilizaban el saludo: ¡Cristo ha resucitado! Y respondían: ¡sin duda ha resucitado! Este es el centro de nuestra fe y los primeros cristianos sabían que esto se profesaba continuamente y se compartía con todo el mundo. ¡Qué alegría tener este saludo como si fuera el pan nuestro de cada día! ¡La luz no puede esconderse, la alegría debe ser compartida!

Somos mensajeros de la resurrección. Debemos dar testimonio de *Cristo que murió por nuestros pecados, según las Escrituras; ... fue sepultado, y ... resucitó al tercer día según las Escrituras (Cf. 1 Cor 15,3-4)*. Ser apóstoles de la Buena Nueva pertenece a nuestra vocación y misión franciscana.

La salvación viene de la cruz, la muerte y la resurrección de Cristo han renovado el mundo. Vivimos en un mundo renovado, aunque a veces nos gustaría ver más pruebas de esto. Estamos llamados a vivir, trabajar y cumplir con nuestra vocación y misión en este mundo renovado.

La obra redentora de Cristo, aunque principalmente se refiere a la salvación de los hombres, incluye también la renovación de todo el orden temporal. De ahí que la misión de la Iglesia no es sólo llevar el mensaje y la gracia de Cristo a los hombres, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu del Evangelio. En el cumplimiento de la misión de la Iglesia, los laicos cristianos ejercen su apostolado en la Iglesia y en el mundo, tanto en el orden espiritual como en el temporal. Estos órdenes, aunque sean distintos, están muy conectados en un único plan de Dios, que Él mismo tiene la intención de levantar a todo el mundo en Cristo y que sea una nueva creación, en un principio en la tierra y por completo en el último día. En ambos órdenes los laicos, siendo al mismo tiempo fieles y ciudadanos, deben conducirse de forma continua por la misma conciencia cristiana. (Vaticano II, AA. 5.)

Hace más de cuarenta años que hemos sido llamados para llevar a cabo esta misión. Es tiempo de mirar dentro de nosotros mismos y empezar de nuevo. Siempre podemos renovar nuestras vidas y así seguir siendo colaboradores en medio de la renovación de Dios, y la Pascua es un momento especial en el que podemos celebrar y disfrutar del amor de Dios que no tiene fin, y experimentar cómo este amor puede renovar el mundo uniendo nuestro amor y nuestros esfuerzos a los de Dios.

Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Lucas, 6-36).

Se trata de una Pascua especial para nosotros, ya que este es un año especial. La celebración es siempre especial, pero profundizar en la misericordia de Dios y darle gracias durante el año tiene algo aún más especial. Dios nos asegura su misericordia y nos invita a ser misericordiosos como él. En esta carta me gustaría invitaros a completar nuestra alegría de Pascua con la decisión de hacer un mayor esfuerzo para testimoniar la resurrección, distribuyendo el amor misericordioso del Padre que está en los cielos.

Durante este año de la misericordia, nuestra vida debe caracterizarse por este ser misericordiosos. ¿Qué podrían construir mejor nuestras fraternidades que la misericordia divina?

La misericordia es la primera característica de Dios. Es el nombre de Dios. (P. Francesco-Andrea Torniello: El nombre de Dios es la misericordia, 2015). Creemos que nuestra Orden está guiada por el Espíritu Santo, que San Francisco confesó que es el verdadero Ministro general de la Orden, y por el que el Padre nos da a su amor eterno. Creo que nada puede crear una verdadera fraternidad mejor que la misericordia de Dios, que nos invita a todos a ser misericordiosos.

Debemos siempre y en especial en este año, recordar esto y vivir y actuar en consecuencia. Porque lo que ocurrirá, si seguimos las obras de misericordia corporales y espirituales, es que nuestras fraternidades se volverán más vivas, vamos a tener una mejor comprensión de las dificultades y la miseria de los que nos rodean y vamos a ser más compasivos y así llevar el amor y la misericordia de Dios al mundo. ¿No es sino ésta la misión apostólica que fluye de nuestra vocación?

En este espíritu os invito en esta Pascua a conocer y experimentar las obras de misericordia corporales y espirituales, sobre todo en nuestras fraternidades, pero también trabajar en el mundo, en el lugar y momento en que hayamos sido colocados.

Conozco el testimonio de aquéllos hermanos y hermanas **que dan de comer al hambriento y de beber al sediento** de muchas maneras: en comedores populares, con la recogida de alimentos, invitando a aquellos que están en dificultades en sus hogares y en sus fraternidades. Qué bendición ser instrumentos del Señor, cuando *el Padre que está en el cielo les alimenta (Mateo 6:26)*. Este tipo de solidaridad y compasión debe caracterizar nuestra vida fraterna dentro de la Orden. Debemos estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos y hermanas, tanto en nuestra fraternidad local como también a nivel internacional. Las diferencias entre las fraternidades nacionales, involucrando nuestros hermanos y hermanas, son grandes, y como hermanos y hermanas, debemos trabajar siempre en esta obra mundial de la solidaridad y la fraternidad.

Muchos, demasiados, en el mundo están privados de la dignidad y la seguridad social que se caracteriza por tener los bienes materiales esenciales. Tener una casa donde vivir, un lugar donde refugiarse y un hogar para la familia es lo que todo ser humano merece. Nuestro intento de **vestir al desnudo y alojar a los peregrinos** es parte de cómo **construir un mundo más fraterno y evangélico para la realización del reino de Dios (Regla 14)**.

También hay que cuidar de aquellos que no tienen la libertad de moverse, como los que se ven obligados a quedarse en sus hogares por diversas razones, o están en los hospitales o en las cárceles. Los enfermos, los ancianos, son nuestros hermanos y hermanas más cercanos. **Visitar a los enfermos y encarcelados** es una forma privilegiada de expresar lo mucho que Dios nos ama: es El que da el primer paso, y a pesar de nuestras capacidades, él es el que se le acerca. Es El quien nos ama primero, y su amor es verdadero porque no espera ninguna recompensa. También esta es una maravillosa oportunidad de experimentar lo que significa la libertad de Dios: la libertad del

espíritu, la libertad del alma, la libertad para amar.

Enterrar a los muertos no sólo significa proporcionar unas hermosas exequias, sino volver a descubrir la dignidad de la vida humana. Debemos acompañar a los que están a punto de enfrentar la vuelta a la casa del Padre y este acompañamiento fraterno es extremadamente enriquecedor para todos. Es un momento privilegiado para ayudar a alguien que está listo para pasar la última puerta y ver que su vida en la tierra es sólo una primera parte breve, de la vida eterna. ¡Cristo sin duda ha resucitado!

Todo esto es una parte importante de nuestra presencia en el mundo y de nuestro trabajo por la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación.

Además, me gustaría llamar la atención sobre lo que las obras de misericordia espirituales pueden hacer para el crecimiento de nuestras fraternidades. Y cuando hablo de la fraternidad, en primer lugar, pero no sólo, me refiero a la fraternidad local, ya que son el primer y principal lugar donde vivimos nuestra vocación.

Las obras de misericordia espirituales son actos de amor y compasión fraternal, que derriban los muros, construyen la unidad y llevan a todos más cerca de Dios. *Allí donde hay misericordia y discreción, no hay superficialidad ni dureza (Adm XXVII).*

Hay que encontrar el gran tesoro que Dios nos ha dado en estas acciones.

Hemos de mejorar la formación, en términos de salud humana, cristiana y franciscana. Esto también debería incluir el ***dar consejo al que lo necesita y enseñar al que no sabe***. Somos responsables unos de otros, caminamos juntos de la mano en nuestro camino vocacional.

Los pecados envenenan las fraternidades, sean ocultos o manifiestos. A menudo tenemos miedo de amonestarnos unos a otros, siendo a menudo demasiado tímidos, pero hay que advertir a los pecadores como acto de fraternidad, tratando de dirigirlos por el camino correcto, con amor y espíritu fraterno.

La advertencia no es una condena o sentencia, sino un enfoque cariñoso para restaurar los lazos fraternales heridos. Puede ser un primer paso hacia la reconciliación, ayudándonos unos a otros a reconocer nuestros pecados y reconciliarnos con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo. La reconciliación contiene la plenitud del amor. Del mismo modo, muchas veces nuestros hermanos y hermanas, e incluso a nosotros mismos, sentimos una pérdida, estamos indignados, heridos. Construimos nuestra fraternidad cuando ***consolamos a los afligidos*** e incluso cuando ***soportamos con paciencia a las personas molestas***. Ser paciente es restaurar la paz en el corazón, la paz que viene del Espíritu Santo, el consolador. A través de estos actos llevamos el Espíritu a la fraternidad, y con este Espíritu, cada uno de nosotros puede ***perdonar las ofensas***.

Por último, cuando ***oramos a Dios por los vivos y los difuntos***, recordamos que nuestras fraternidades siempre están creciendo. No hay que olvidar que el número visible de miembros de la fraternidad no es real. Tenemos muchos, muchas hermanas y hermanos, santos, que están intercediendo por nosotros y que son verdaderos miembros de nuestra fraternidad.

Con estas acciones seremos instrumentos de la misericordia divina, y daremos gloria a Dios y a nosotros mismos.

El año de la misericordia es un gran tesoro, una oportunidad para que todos nosotros podamos crecer en la fe y el amor.

Hay otro punto importante, como un breve resumen o conclusión de lo que está escrito arriba. Cuando recordamos el lema de este año, seguimos leyendo el Evangelio de Lucas: *No juzguéis y no seréis juzgados; No condenéis, y no sereis condenados; Perdonad y seréis perdonados; Dad y se os dará; recibiréis una medida plena, colmada, remecida y rebosante, porque la medida que utilicéis será la que utilicen con vosotros.* (Lucas 6,37-38)

Deja de juzgar y condenar, perdona y dónate a los demás. Tres breves puntos que son esenciales para nuestra vida fraterna. Tres pasos en la vida espiritual, tres ladrillos o piedras que se colocan una encima de la otra. La primera es la condición de la segunda, y la segunda es la condición de la tercera. Debemos comenzar con dejar de juzgar y condenar, con lo que seremos capaces de perdonar, y una vez que perdonemos, seremos capaces de donarnos a nuestros vecinos. ¡Recordemos que una medida plena, desbordante, nos será vertida!

La misericordia de Dios nunca es un estímulo para continuar las malas prácticas, sino una luz enfocada en el nuevo camino a seguir. ¡Emprendamos el camino ahora, en este momento! ¡Dejemos que Dios nos renueve a nosotros y a nuestras fraternidades!

Que Cristo, el Señor resucitado, sea nuestra alegría y nuestra ayuda. Cada uno de vosotros está en mis pensamientos y en mis oraciones. Os envío mis más personales y fraternos saludos.

Su hermano y ministro,

Tibor Kauser
Ministro Generale OFS

